

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 353.—Divagaciones sobre paveses contra fuegos de infantería y otros asuntos, por $\sqrt{-1}$; pág. 356.—Inglaterra y Transvaal (continuación), traducción por el señor Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor; página 363.—Revista de la prensa y de los progresos militares; pág. 366.

Pliegos 125 y 126 del tomo II del **DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES**, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototsky: **TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO**; pliegos antecedentes y cubierta. Traducción y ampliación por don Narciso Martínez y Aloy, capitán, de Infantería.

CRONICA GENERAL

DEFENSA DE ISLAS. — OBJETO QUE SE PROPONE EL ATACANTE. — LA SUPUESTA MEJOR DEFENSA. — EL DESEMBARCO. — NECESIDAD DE QUE EL DEFENSOR CONSERVE ÍNTEGRAS SUS FUERZAS. — DEFENSA DEL NÚCLEO. — LA GUERRA SUBTERRÁNEA. — OPINIONES ALEMANAS Y DEL GENERAL BRIALMONT. — NUEVA ARMA DE COMBATE.

La organización defensiva de las islas requiere condiciones especiales, generalmente distintas de las que exige la defensa de los estados. Y este es asunto que en España es ahora de vital interés, pues si nuestros archipiélagos no se llaman las Antillas, ni las Filipinas, ni las Marianas, ni las Carolinas; si á tan grandes agrupaciones de tierras oceánicas hemos de substituir en nuestra atención los grupos de las islas Medas, y de las Cies, de las Columbretes y otras de menor cuantía, quedan aún, para atraer nuestros cuidados, las islas del Africa ecuatorial con las Canarias y las Baleares, que bien merecen ser miradas con algún menor descuido del que lo hace el pueblo que las posee.

El ataque de una isla sólo suele hacerse, en la guerra, para conquistarla. La lucha en ellas no es un medio indirecto de obtener tal ó cual resultado, sino que precisamente la misma isla es el cebo de la operación. Ahora bien, en la lucha que se entable en una isla, el ejército defensor es necesariamente reducido, la población civil no puede prestar grandes ayudas, los medios materiales de defensa no pueden improvisarse, las vituallas y municiones no hay medio de reemplazarlos con la facilidad con que esto pueda hacerse en los continentes; de modo que, realmente, desde el día en que se declara la guerra, la isla queda entregada á sus propias fuerzas, lo cual exige naturalmente que en ella todo esté dispuesto desde el primer momento.

Se ha sostenido mucho en periódicos y revistas, que la mejor defensa de las islas consiste en la marina. Esto es una perogrullada: si la nación tiene una marina más poderosa que su adversario, y la mantiene junto á los archipiélagos amenazados, conservando en todos ellos su manifiesta superioridad, claro es que las islas no tendrán nada que temer, pues á lo más sufrirá, alguno de sus puertos cañoneos accidentales, sin consecuencias. ¿Pero, es que una nación puede

afirmar que su marina será más poderosa que cualquiera otra con la que pueda estar en guerra en lo porvenir? ¿Es que España pueda soñarlo siquiera? Lo mismo que lo antes dicho sería afirmar que la isla no tiene nada que temer si Dios desenvaina su espada omnipotente para protegerla. Claro es, que, si así lo hiciese, la isla no tendría para que preocuparse de nada; pero lo dudoso es que Dios saque la espada en favor de los que no se ayudan á sí mismos.

Admitamos, pues, que el adversario pueda llegar al litoral de la isla, y llegar con ventaja, y aquí empieza la confusión en las ideas. Este adversario, dicen muchos, puede desembarcar en multitud de partes de la costa; luego, ó deben defenderse todos estos parajes, ó la defensa resulta inútil, pues no evita que el enemigo ponga el pie en la isla.

Esta falsa argumentación, muy leída y muy oída, es la que debe combatirse con ahinco. La isla no es una virgen á la que con sólo mirarla se ofende en su pudor. Para que la operación guerrera dé sus frutos, hay que conquistarla. Pues bien, el hecho del desembarco, suponiendo que no pueda evitarse, y suponiendo también que las fuerzas móviles no puedan vencer á las tropas recién desembarcadas, no supone la rendición de la isla, si en ella hay un núcleo de resistencia —una plaza fuerte— con una guarnición dispuesta á venderlo caro. Mientras este centro de resistencia, que suponemos situado en el paraje más importante de la isla, no caiga en poder del atacante, la isla no puede considerarse conquistada, y la historia demuestra que, en efecto, jamás se ha dado un territorio por vencido sino se han destruído antes las fuerzas militares que lo defienden.

Claro es que la isla de Cuba, por ejemplo, ofrece ejemplo en contra, por haberse entregado subsistiendo la Habana, centro principal de resistencia. Pero, téngase en cuenta que en Cuba nosotros hicimos de Santiago un falso centro de resistencia y encadenamos, porque sí, la suerte de la guerra á la suerte de aquella plaza. En aquella isla, no las plazas fuertes, sino el ejército de ocupación, mantenido en la mano del general en jefe, debió formar el eje de la resistencia; pero como el ejército no se reunió, como no existió de hecho, resulta que un objetivo secundario pasó á desempeñar el papel de objetivo principal, y el gobierno creyó conveniente rendirse al caer este objetivo secundario en poder del enemigo.

En islas más pequeñas no sucederá esto así, ni un gobernador inteligente permitirá jamás que sus fuerzas queden divididas. Resistirá, si puede, en el litoral; se retirará defendiendo palmo á palmo el terreno; pero procurará conservar moral y materialmente íntegras sus fuerzas para la resistencia decisiva del núcleo. Mientras éste se defiende, *es absolutamente evidente que la isla no se habrá perdido*. Alargar la resistencia del núcleo es, pues, alargar la vida nacional de la isla; salvo que la nación soberana quiera entregarla antes; lo cual, como se comprende, nada tiene que ver con el arte militar: también puede entregarla sin guerra.

El problema de la defensa militar de las islas es perfectamente soluble. Sólo es preciso quererlas defender; y no caer en éste, como en otros muchos asuntos, en la duda y el pesimismo. Un elemento más de lucha puede alargar, en ellas, un día la resistencia, y un día, en la guerra, puede dar la salvación.

* * *

La guerra de minas ha dado lugar recientemente á la emisión de opiniones

valiosas, que conviene analizar. Por una parte, aparece el convencimiento general de que los antiguos métodos de la guerra de minas son hoy imposibles, porque la rapidez que se exige á los acontecimientos de una campaña; por otra, las afirmaciones del general Brialmont, y de otros ingenieros ilustres, de que los sistemas de contraminas deben seguir formando parte de las plazas fuertes.

En Alemania, en donde el ataque brusco de las fortalezas se considera que ha de ser lo normal y corriente, y en donde se confía en que un asalto general, realizado con ímpetu, y caiga quien caiga, ha de tener éxito en la generalidad de las veces, es donde más se ha pronunciado la opinión militar contra la guerra subterránea, hasta el punto de que ya no se instruye á las tropas técnicas en la construcción de galerías y ramales, y tampoco disponen, preparado para entrar en campaña, del material necesario para realizar aquellos trabajos. Así lo ha confirmado recientemente el órgano más autorizado del ejército alemán, *Militär-Wochemblatt*, siendo exacto que lo mismo han hecho otras potencias militares, Austria por ejemplo, aunque menos radicalmente que Alemania.

La *Belgique militaire*, inspirada por el general Brialmont, se revuelve contra tales tendencias, manifestando la creencia de que cuando la artillería haya sido acallada, y cuando los parapetos estén deshechos, si el enemigo se lanza al asalto, aún podrá sufrir mucho por el efecto de las minas, que habrán podido quedar intactas.

El general Brialmont siempre trata los asuntos defensivos de modo que tiene indudable razón... hasta cierto punto. Es evidente que si una plaza cuenta con los medios de resistencia que llamaremos *A*, y se le añaden los de la guerra de minas, que llamaremos *M*, la plaza tendrá una suma *S* de elementos defensivos

$$S = A + M.$$

que valdrá más que *A*.

Esta operación de matemáticas rastreras es evidente; pero constituye otra perogrullada sin ningún valor real. Lo que hay que ver es si el gasto que supone la construcción de las galerías permanentes, de sólido hormigón, y situadas á diez metros de profundidad, podría invertirse mejor en reforzar abrigos, almacenes, repuestos y algibes, y en *apoderarse*, por decirlo así, del terreno exterior, con trincheras bien organizadas, aumentando, en resumen, la potencia de la fortaleza contra el ataque brusco, y realizado á fondo, que será lo temible en las luchas del porvenir. Esto es lo que debería afirmar el que sostuviera la existencia futura de la guerra subterránea. Mientras tal cosa no se demuestre, creemos que hasta aquí, que la guerra de minas se ha transformado, abandonando las obscuridades de las galerías de mina, para convertirse en la lucha de los explosivos. Lucha terrible, cuya táctica hay quizá que completar, hay que redondear, pero que está llamada á adquirir grandísimo desarrollo. A los ingenieros militares toca el formar esa táctica, haciendo de los medios de que dispone el minador al aire libre, un arma de combate tan poderosa como las demás que hoy toman parte en el drama de la guerra.

NIEMAND.

1.º de diciembre de 1900.



DIVAGACIONES SOBRE PAVESES CONTRA FUEGOS DE INFANTERÍA

Y OTROS ASUNTOS

II

El inventor inglés mister Federico Wallis, vecino de Birmingham, cree, al parecer, que el mantelete de que ha tomado la patente es el más ingenioso hasta ahora imaginado de toda la gran variedad de escudos, á prueba de bala y de todas especies de tamaños, que hasta hoy se han conocido. Las figuras 1.^a y 2.^a,

Fig. 1.^aFig. 2.^a

croquis calcados de fotografías enviadas de Londres, representan el mantelete inglés por la parte del enemigo y por la parte del defensor.

Construido de acero preparado especialmente y probado por peritos competentes, el autor garantiza indemnidad del mantelete ante las balas, á todas las distancias superiores á 20 yardas. Su altura es 71 pulgadas, ó sea muy poco más de 1,80 m.; su ancho, 24 pulgadas, equivalentes á 61 cm., y su peso, 194 libras, que vienen á ser unos 70 kilogramos. Estimo, por estos datos, que el espesor de la plancha de acero no pasa mucho de 6 mm., lo que me parece muy poco para soportar el tiro del Mauser á 20 m.

Este mantelete tiene carretilla, dos mangos, que sirven para empujarlo, y un puntal ó tentemozo, que lo sostiene en posición recta: operación, esta última, que puede hacerse en dos segundos. En la posición para hacer fuego, se pueden colocar dos hombres detrás del mantelete, y el inventor presume que, con pequeña incomodidad, cada mantelete puede dar espacio cubierto para cuatro hombres, que hacen fuego al mismo tiempo por las dos aspilleras practicadas en la plancha; de estos cuatro hombres, dos permanecen en pie, uno arrodillado y el cuarto tendido en el suelo.

La figura 3.^a representa la manera de transportar el mantelete por dos hombres que avanzan dentro del alcance del fuego enemigo. En esta posición, un hombre empuja el aparato y su acompañante le releva; los demás que puedan seguir en la línea directa de retaguardia exponen sólo sus cabezas al fuego de frente del enemigo. En cuanto se ha llegado á la distancia propia para ofender eficazmente, se puede levantar la carretilla á toda su altura, para lo que no se necesita sino un segundo de tiempo; en otros cinco segundos se colocan los hombres en posición de fuego.

Cuando se ataca á un enemigo situado en lo alto de una rápida cuesta, el mantelete, en posición vertical, no parece conveniente según el autor; porque un sólo mantelete no puede cubrir muchos hombres, y forma un blanco demasiado visible para los artilleros enemigos. Para este caso, se desmontan las ruedas y el tentemozo, y todo se reduce á montar las ruedas en los lados pequeños del rectángulo y á colocar éste sobre el terreno, verticalmente, de manera que quede en el terreno el lado mayor. En esta forma, da una protección

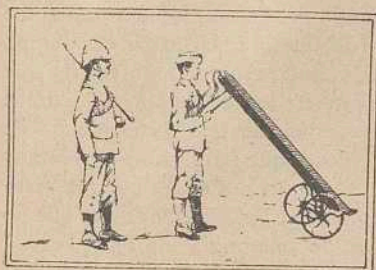


Fig. 3ª

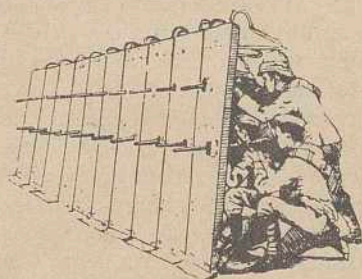


Fig. 4ª

de 61 cm. de alto y 1,80 m. de largo, suficiente para parapetar de seis á ocho hombres.

Como todos los inventores, especialmente los de píldoras, que curan todas las enfermedades, porque

con los glóbulos de Hannemán en la mano
la tisis curarás y la gangrena,

el autor preconiza su mantelete para multitud de usos diversos, especialmente como confortable abrigo contra la lluvia y sol; como cama en terreno pantanoso; como camilla para transportar á los heridos y como carro donde se coloquen, para hacer el viaje, los soldados, empleando un mulo en limonera, que es el modo que propone de transporte fuera del campo de acción.

La figura 4.ª representa una sección de soldados haciendo fuego detrás de varios manteletes unidos.

No me parece muy mala la idea de mister Wallis, quien supone que, si cuando lord Roberts envolvió á Cronje en Paardeberg hubiera hecho su avance hacia las posiciones boers sin cubrirse con los atrincheramientos que tuvo que hacer, estrechando al enemigo en una serie de trincheras paralelas á las suyas, habría forzado á los boers á rendirse antes con pérdidas horrosas. La excavación de las trincheras ocasionó mucha pérdida de tiempo, pero tuvo por consecuencia la obtención de una victoria prácticamente sin sangre. Con objeto de ganar tiempo y no perder vidas, mister Wallis cree que los militares *llegan* á la conclusión de que un escudo á prueba de bala es necesario para acercarse á las posiciones en que la naturaleza del terreno ofrece poco abrigo contra el espantoso fuego de las armas modernas. Puede ser que las opiniones de lord Roberts sobre el asunto no sean las mismas, en cuanto á su generalidad, si se tiene en cuenta, para presumir su prudencia, los altos éxitos de este excelente general, que no pueden empañar las muchas torpezas de sus subordinados, ni los

erróneos juicios de la opinión extraviada, en un público esencialmente impresionable y voluble, como lo son todos los públicos, sugestionado por una inmensidad de periódicos que sólo aspiran á jalear y á sacar provecho de las noticias: hoy, en nombre del color amarillo rabioso; y mañana, del verde más anti imperial posible.

Entiendo, pues, que es una lastima que estos manteletes no hayan recibido la prueba del fuego de verdad; que hay cosas muy aceptables en ellos, y que no estuve tan descaminado al proyectar dos manteletes, que ahora mismo voy á describir, en los cuales me parece (prescindiendo de la opinión, naturalmente interesada, del papá proyectador) se mejoran bastante la idea madre del asunto y los medios prácticos de llevarla á cabo: sobre todo teniendo en cuenta que rechaza la generalidad excesiva del uso del mantelete en el campo de batalla; porque este reparo no debe usarse sino en casos especiales con corto número de elementos, por soldados muy valientes é instruídos y que sean, sobre todo, muy buenos tiradores y de gran fortaleza corporal. Los pocos oficiales que los manden deben ser serenos y abnegados y dar ejemplo á la tropa, haciendo ver que no necesitan mantelete para llegar á buena distancia del enemigo.

Las hipótesis que me he establecido me parecen las más racionales y prudentes: 1.^a fuerza destinada á la operación, una compañía ó poco más; 2.^a número de manteletes, no superior á 100; 3.^a modo de transporte, fuera del momento de la acción, á lomo, lo que no priva ni el carro ni el camino de hierro; 4.^a espesor del acero, 1 cm., poco más ó menos, que es lo que la práctica indica para soportar los fuegos de los fusiles actuales y futuros, usados en el campo de batalla; 5.^a transporte, en el momento de la acción, como el del mantelete carretilla: perfeccionada y simplificada la disposición, con arreglo á lo que dicta la mecánica; 6.^a transporte, en la zona muy peligrosa, dejando completamente cubierto al soldado.

No es mi propósito ilustrar las anteriores hipótesis con razones que están al alcance de todo el mundo. Los manteletes no deben entregarse á todas las tropas, porque no se trata de una imposible arma defensiva. Son á modo de parapetos ambulantes para el caso en que un gran número de atacantes sea contra-productente, muy inhumano y tal vez inútil. Los manteletes no han de ser *impedimenta*. No es importante que haya una batería de artillería de más ó de menos, si el número total de ellas está suficientemente nutrido; no es perjudicial dedicar una centena de mulas, poco más ó menos, al transporte de elementos que pueden, en muchos casos, ser más salvadores y más eficaces que cuatro ó seis cañones que falten ó que sobren; que dos ó tres mil herramientas que, de seguro, han de volver intactas de la campaña. Pasemos á la descripción.

El mantelete es también mantelete carretilla; pero no es un plano seguido; está constituido por dos planos que forman un ángulo diedro, cuya arista, en la posición de acción, es vertical, ó casi vertical, según la inclinación que se dé al mantelete. Esta disposición es ventajosa para la resistencia al tiro y abriga mucho mejor contra los fuegos de soslayo. La figura 5.^a (véanse al propio tiempo las figuras 6.^a y 7.^a) representa el mantelete en posición de tiro, visto del lado del defensor; AB y BC son las dos placas que constituyen el mantelete; BD es la arista del diedro; E y F son las dos apilleras de tiro; G es un listón de madera, cilíndrico y fuerte, destinado á empujar la carretilla en posi-

ción especial; H es la rueda y el eje de la carretilla; I son dos mangos para empujarla; K y L dos rinconeras de plancha que sujetan el diedro: la de abajo L, llena completamente este último. Pueden verse con más detalle estos elementos en la figura 6.^a, corte y vista vertical, y en la figura 7.^a, corte transversal. Las dos planchas que forman el ángulo diedro están rebordeadas, tanto para su cosido como para dar rigidez al sistema. Pudiera usarse para aumentar la rigidez longitudinal, plancha especial *ligeramente* ondulada, y para la

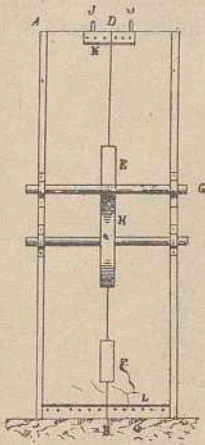


Fig. 5.^a

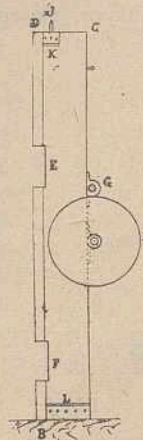


Fig. 6.^a

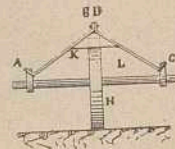


Fig. 7.^a

rigidez transversal estrechos refuerzos de canto á escuadra. El mango G y la rueda y eje H son con la mayor facilidad desmontables; los detalles para conseguir esto son sencillísimos y no hace falta descubrirlos. Las dimensiones han sido establecidas con arreglo á las hipótesis expresadas más arriba y admitiendo que la estatura de los hombres robustos que han de usar los manteletes es de 1,60 m., cuando menos. Se ha hecho un estudio especial de las diversas dimensiones, midiéndolas en un hombre de estas condiciones para todas las posiciones necesarias. Así resulta: longitud de arista del ángulo diedro, ó sea altura en posición de fuego, 1,85 m.; latitud del ángulo, 0,60 m.; distancia de la parte superior al mango, 0,75 m.; distancia de la parte superior al eje de la rueda, 1,00 m.; diámetro de la rueda, 0,42 m., diámetro del eje de la misma (éste es de hierro tubular), 4 cm.; espesor de la rueda enteriza, de madera fuerte con llanta de hierro pero muy adelgazada entre el centro y la circunferencia, 4 cm.; altura de la primera aspillera sobre el suelo, en su centro, 28 cm.; altura de la segunda aspillera en iguales condiciones, 1,20 m.; distancia de los centros de las aspilleras, 0,925 m.; longitud de la aspillera, 20 cm.; latitud de la misma, en el plano de proyección, 6 cm.; rebordes de las placas, 5 cm.; espesor de las mismas, 1 cm.; peso máximo del mantelete con todos sus elementos, 120 kg. Desprovisto de ellos, puede cargarse perfectamente sobre el baste de un mulo, para lo cual la forma es apropiada. El eje de la rueda está situado *casi* en el centro de gravedad, como debe estar en toda carretilla bien cons-

truída; pero hay una pequeña preponderancia del lado de la rinconera L, con el fin de que, en el transporte á brazo, se incline naturalmente la carretilla de este lado sin tener que hacer esfuerzo excesivo para vencer esta tendencia. Por último, el precio de cada mantelete puede estimarse en un máximo de 350 pesetas.

El transporte, fuera del campo de la acción, puede hacerse, como se ha dicho, en vagón, en carro ó en baste. En el campo de acción y á gran distancia, en que el efecto del tiro no sea grande, se transportará la carretilla tirando de ella; cuando el peligro sea un poco mayor, se empujará como indica la figura 8.^a:

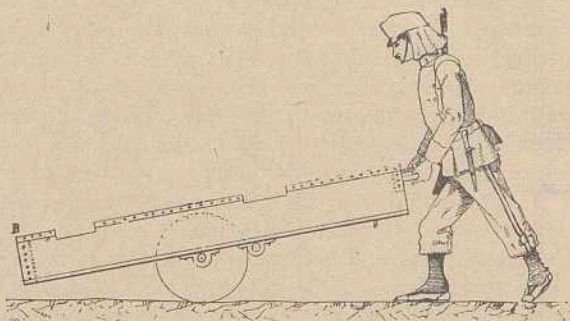


Fig. 8.^a

primero en pie, y luego suficientemente encorvado, para lo cual se podrá poner cualquier contrapeso, ó piedra si es preciso, en B, para aumentar la preponderancia, que el peso del cuerpo encorvado equilibrará. Cuando llegue el momento del fuego peligroso de todo punto, se procederá como indica la figura 9.^a; el hombre tiene que andar entonces *de rodillas* aun cuando podrá haberlos tan hábiles, que en esta disposición de perfecto resguardo casi no las empleen. La figura 9.^a

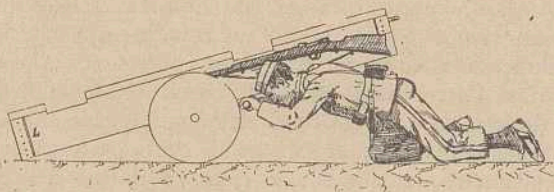


Fig. 9.^a

no es *pintoresca*, es ingenieril, y representa una maniobra posible que se ha ensayado prácticamente. En aquella *se realizan* las siguientes condiciones: altura de la parte superior de la cabeza del hombre, cuando menos 0,60 m. Distancia mínima *horizontal* entre la mano y la rodilla, 0,60 m. Creo que el lograr lo que aparece en la figura 9.^a es un resultado digno de atención, pues se podrá avanzar bajo un horroroso fuego enemigo casi impunemente; la inclinación de las planchas favorece mucho, en este caso, su resistencia, y, desde luego se ve la

utilidad de la rinconera L, que llena todo el ángulo diedro, para completar la cubrición. El soldado, para ofender, no tiene más que arrodillarse y hacer fuego por encima de la carretilla, pudiendo en muchos casos utilizar la aspillera E, aunque las punterías serán excesivamente altas; calzando la rueda con piedras ó con la ayuda del tentemozo corto, podrá conseguirse mejor resultado. Es conveniente hacer notar que, si marchan soldados detrás del que empuja

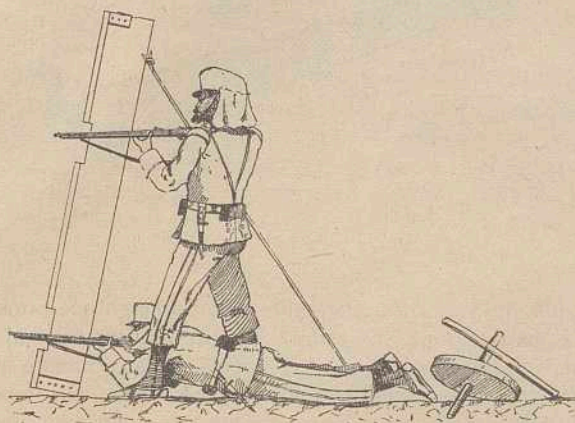


Fig. 10

la carretilla en el caso de la figura 9.^a, deben aproximarse lo más posible andando á gatas, para prevenirse de los rebotes en la carretilla. Estos soldados pueden también tirar de otra carretilla, ó de una *narría* (1), donde se lleven herramientas, espeques ligeros, maderas y cuñas, tanto para atrincherarse de veras como para mover y asegurar los manteletes *por centímetros* en casos muy

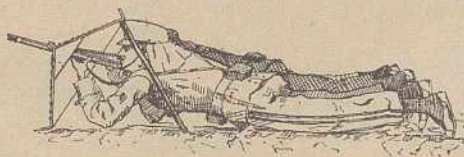


Fig. 11

mortíferos y apurados, y en terrenos muy pendientes, desiguales y pedregosos, etc. Puede hacerse así un rápido *alojamiento de trinchera*, empezando por pozos, retirando los manteletes por los intervalos y uniendo luego los pozos en trinchera. Creo que estos manteletes y la maniobra de avance (figura 9.^a) merecen recordarse en el ataque y defensa *modernos*. El ramaje y algunos escombros sobre la carretilla favorecen la sorpresa.

(1) *Narría*, en castellano, es equivalente á *trineo*.

Puede ser que haya Aristarcos descontentos, á causa de no conseguirse aquí cosas imposibles; que consideren *ridículo* aproximarse á una posición marchando con el vientre en el suelo, y arrastrándose como los gatos, ó que digan que es

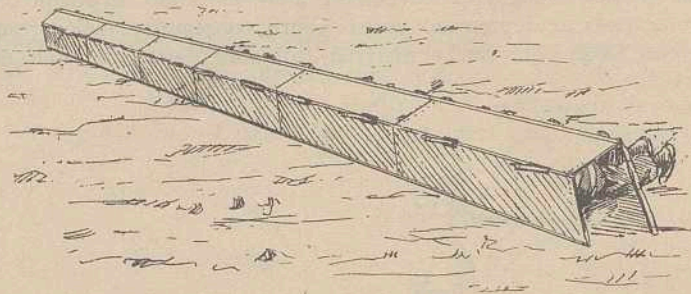


Fig. 12

esto impracticable, que se cansará la gente, etc. Supongo que estos tales tienen lápices y escalas, saben lo que son estas cosas, no ignoran ni la Mecánica ni la Metalurgia; que, si no han oído silbar las balas, se han formado idea del caso; que tienen circunvoluciones en el cerebro ó, como dicen por ahí los que no saben una jota de biología, *fósforo*... Veamos, pues, cómo nos aproximamos al ene-

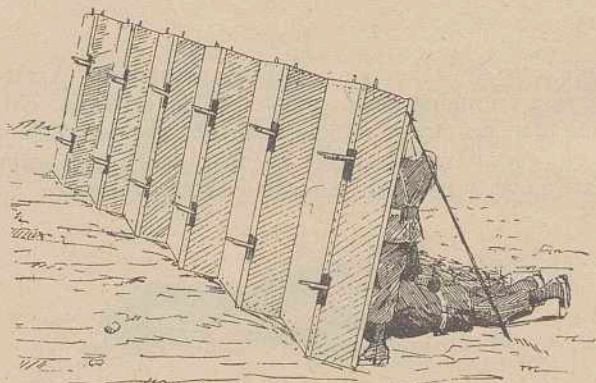


Fig. 13

migo, los pocos metros que hace falta: cómo sorteamos las balas que vienen como el granizo, cómo nos libramos de andar á gatas y hasta de coronilla. Vamos jinetes en el caballo del Demonio! el freno (balas enemigas) está delante: la espuela (un general que dice ¡adelante! de veras) está detrás; no basta, como para los caballos perros, tener lo que tienen los buenos jinetes entre el freno y la espuela (y también los demás en teoría): se ha encogido el ánimo... Hay que apretar el intelecto: vamos, pues, ¡oh apreciables Teótimos! á proyectar una cosa mejor: á demostrar que ella vale más que la otra, y á demostrar también,

por mayores y menores consecuencias y premisas, disyuntivas, silogismos y dilemas, leyes y casos, experimentos prácticos y razonamientos matemáticos, que esto que aquí se inserta no vale dos cominos, que lo nuestro es oro puro y que nosotros somos los amos... Con lo cual, amigo lector, si no te ha parecido cargante este estilo ramplón de escribir, te pido mil perdones por estas divagaciones, que sólo aspiran á entretenerte (en el buen sentido de la palabra); pero, antes de terminarme, sírvete pasar la vista por los monos figuras 10, 11, 12 y 13, que demuestran gráficamente el mantelete en facha (posición alta): en la figura 10, con dos bravos atacantes, uno tendido y otro en pie, haciendo más fuego que una fragua (lo cual está corroborado en la agrupación de manteletes de la figura 13, número aciago para todo mono). El mono undécimo muestra el mantelete colocado á lo largo, con otros dos tiradores tendidos, lo que se confirma en el grupo de la figura 12, en que se ve cómo todas las aspilleras quedan á igual distancia, y la gente, á mi parecer, divinamente cubierta...

Y hecho esto, si lo tienes á bien, daremos punto á la conferencia y pondrá el vale

√-1

INGLATERRA Y TRANSVAAL

(Continuación.)

Realmente, los sucesos de las últimas semanas habían quebrantado la fe y la energía de los boers situados en el río Orange. Los insurrectos de la Colonia del Cabo se dispersaban ante el avance de los ingleses, que llevaba el teatro de operaciones al Estado libre; en los boers causaron un efecto abrumador las noticias de la catástrofe de Cronje y de la marcha á Bloemfontein de lord Roberts, cuya proclama, por otra parte, decidía á muchos á entregar las armas.

Aunque no ha de estrañar, pues, que los boers no hubiesen preparado la defensa del río Orange, no puede admitirse la afirmación consignada en la prensa de que fueran sorprendidos por los ingleses en Norwals Pont. Por muy descuidados que anduviesen los boers en los servicios de seguridad, no había de llegar su abandono hasta el punto de ignorar que se hallaban en una situación crítica y que el ataque de los ingleses era seguro é inminente. La descomposición en que se hallaban las fuerzas boers en este período y el temor de quedar cortados hicieron perder á los jefes boers una influencia sobre las masas y fué imposible el dirigir técnicamente una defensa. Las tres columnas inglesas efectuaron el 16 de marzo, con los recursos de campaña, el paso del río Orange, por Aliwal-Norh (Brabant), Bethulfa (Gatacre) y Norwals Pont (Clements).

Sin embargo, el alijamiento de los elementos dasalentados que habían regresado á sus hogares, la altanería con que contestó Inglaterra á las proposiciones de paz formuladas por los dos presidentes Krüger y Steijn y la proclama de ambos jefes de estado excitando á continuar la guerra determinaron de nuevo una actitud firme en las huestes boers, aun en aquéllos que se hallaban en peor situación, junto al río Orange. Mientras los restos de los boers desalojados de Aliwal-North se concentraban en Smithfield al mando de Grobler, reunió el co-

mandante Olivier los comandos boers de las inmediaciones de Bethulia y resistió allá con éxito los ataques de Gatacre, al mismo tiempo que parte de los boers procedentes de Norwals Pont—600 hombres—se establecían en Fauresmith, bajo las órdenes del comandante van der Post.

Después del combate de Bethulia, y en vista de la presencia de la brigada Pol Carew á sus espaldas, procuró Olivier, ante todo, su incorporación con las fuerzas boers del norte del Estado de Orange. Marchó, por lo tanto, por Smithfield, donde se le unieron los boers de Aliwal-North, y elevando así su fuerza á 5 ó 6.000 hombres con 16 piezas, siguió por Wepener, á lo largo de la frontera de la Basutolandia, en dirección á Winburg, en cual punto pensaba encontrar fuerzas boers de las destinadas á la defensa del norte de Orange. Su marcha fué, sin embargo, observada desde la Basutolandia y participada á lord Roberts, quien envió la división French para cerrarle el camino en la línea de Thabanchu-Ladybran. French avanzó el 16 hacia Ladybran, pueblo que ocupó su vanguardia cuando Olivier había pasado ya por él, y marchando en dirección á Winburg se reunía con los boers al norte del río Vet.

El movimiento de la división French fué descubierto por una partida boer establecida en posición avanzada junto á Brandfort, entre los ríos Vet y Modder, y sabiendo cuál era su objeto, se destacó de allá el comando de Crowthers con orden de ocupar Ladybrand, manteniendo de esta manera abierto el camino para Olivier. Crowthers entró en Ladybrand poco después que la vanguardia de French, la desalojó de aquel pueblo tras breve combate, y obligó así á French á retirarse á Bloemfontein, dejando la brigada Broadwood en Thabanchu. French, para desempeñar mejor su encargo, había pedido infantería, pero lord Roberts no se la envió en atención á no disponer de medios de transporte.

Al mismo tiempo que Olivier, había emprendido también la retirada el comando establecido en Fauresmith, con el fin de que, envolviendo á Bloemfontein por el oeste, tratara de reunirse con las fuerzas boers del norte. Consiguio este comando cortar la comunicaciones inglesas en Petrusberg y Poplar Grove, y ponerse en relación con el grueso de los boers en las inmediaciones de Bulfontein.

Las columnas inglesas procedentes de la Colonia del Cabo, una vez reunidas con la brigada Pole Carew, continuaron el avance hacia el norte persiguiendo á los boers y tomando las medidas adecuadas á la pacificación del territorio sur del Estado de Orange. De esta manera se realizó el objeto que lord Roberts se había propuesto al elegir á Bloemfontein como objetivo de operaciones: simplificar la anterior distribución de tropas y agrupar las fuerzas del oeste y sur en una línea y zona de etapas bastante seguras para garantizar la existencia del ejército británico en el Estado de Orange y la continuación de las operaciones.

*
*
*

El desastre de Cronje en el río Modder y el efecto pernicioso que había de ejercer en la cohesión de los boers y en su entusiasmo por la guerra obligan á deducir consecuencias muy desfavorables á los boers en el transcurso de las operaciones. La entrada de lord Roberts en Bloemfontein y su reunión con las columnas de los generales Brabant, Gatacre y Clements fueron los resultados fatales de las faltas cometidas por los boers, al no destruir las vías férreas que

van desde la Colonia del Cabo hacia el norte y al entregar sin resistencia la línea del río Orange.

Esto no obstante, pronto se notó que los ingleses no tenían base sólida para llegar rápidamente á un decisivo triunfo; que la causa de los boers, en tanto que no existiese enorme desproporción de fuerzas entre ambos partidos, no era en modo alguno desesperada; y que el apoyo que había de ofrecerles el movimiento africaner, á espaldas de los ingleses, la cohesión y entusiasmo de los dos ejércitos boers aumentando sus fuerzas, los grandes acopios de material, la habilidad de los jefes y el propósito de emplear la ofensiva táctica para hacer eficaces y permanentes los éxitos, eran circunstancias dignas de tenerse en cuenta y de juzgarse favorablemente por lo que ocurría desde que lord Roberts entró en Bloemfontein.

Respecto al apoyo que los boers esperaban del movimiento africaner, se había demostrado: que la insurrección á espaldas de los ingleses no estaba enfocada en manera alguna; que la agitación de los rebeldes iba extendiéndose á territorios no ocupados por los ingleses y distraía numerosas tropas del verdadero frente de combate; y que un fracaso del ejército de operaciones podía ser de gran trascendencia, dada la longitud y vulnerabilidad de la línea de etapas inglesa.

También parecía que se vigorizaba de nuevo la cohesión interna de las fuerzas boers y su entusiasmo por la guerra. La firmeza con que el presidente Steijn se adhirió á la alianza de ambas Repúblicas y el presidente Krüger proclamó la guerra hasta el último extremo encontró viva resonancia hasta en los boers del Orange más desanimados, y de todas partes acudían hombres á los puntos de concentración de las inmediaciones de Kroonstadt. Desde que la suerte de las armas fué otra vez propicia á los boers en los combates de fin de marzo y principio de abril, que luego consideraremos, aparecieron, aun en regiones que lord Roberts consideraba completamente pacificadas, nuevas partidas, que combatieron con éxito á los ingleses. Justificada estaba la desconfianza que á lord Roberts inspiraba la sumisión de los boers del sur de Orange, y que ya desde el principio le determinó á dejar en Springfontein á los generales Brabant y Gatacre con 5 batallones de infantería, 6 baterías é infantería montada para custodiar la vía férrea Norwals Pont-Bloemfontein y pacificar aquel territorio, no recibiendo por lo tanto el generalísimo otro refuerzo que el del general Clements con 6 batallones, otros de milicias coloniales, 3 baterías montadas, 1 á caballo, 1 de obuses y 3 escuadrones. Estas medidas denotaban que también en la parte sur del Orange, que los ingleses invadían, iba á renacer el antiguo espíritu belicoso llevando á las armas á todos aquellos que anteriormente habían acatado la soberanía británica.

Claro es que en tales circunstancias había de aumentar el número de combatientes boers. Si las declaraciones del presidente Krüger correspondían con la realidad, no excedía de 38 á 40.000 el total de hombres armados de que disponían las repúblicas; descontando de esta cifra de 15 á 18.000 hombres para guarnecer los pasos de la cordillera Draken y montes Biggard, en el Natal, y también para eventualidades, viene á deducirse que las operaciones siguientes de lord Roberts encontrarían la resistencia de 20.000 boers, mientras que él no dispondría para el ataque más que de 33.000 hombres, incluyendo las tropas

del general Clements, llegadas á Bloemfontein el 2 de abril. No era desfavorable á los boers esta comparación de fuerzas, si se atiende á que la caballería inglesa tenía un ganado en mal estado, el terreno se prestaba á la defensa y había de sentirse, desde abril á septiembre, la influencia del invierno, durante el cual las tropas inglesas, no acostumbrados al clima ni á las privaciones, habían de sufrir mucho más que los sobrios y endurecidos boers.

No se conocían las disposiciones que había adoptado el Transvaal para cubrir las necesidades de material de guerra. Aseguraban los boers que el abastecimiento de municiones se hacía desde el extranjero; pero no faltaba quien afirmara, con datos positivos, que la fabricación en el propio territorio bastaba para mantener la guerra durante muchos años.

Ciertamente que los boers, en lo que respecta al mando, habían sufrido con la inesperada muerte de Joubert, ocurrida en 27 de marzo, una gran pérdida, tanto más sensible cuanto que ya no podía contar con los talentos del general Cronje. Pero, atendiendo á las funciones que desempeña el general en jefe de un ejército tan rudimentariamente organizado como el boer, era lógico suponer que el afamado Botha acreditaría en el mando superior las brillantes cualidades que puso de relieve al reemplazar interinamente á Joubert en algunas ocasiones y las afortunadas iniciativas que demostró en los combates del Tugela y, sobre todo, en el Spion Kop. Desde luego la tenacidad y energía propias de su poca edad aumentaban su prestigio en momentos en que el clamoreo de los boers atribuía á los años y al mal estado de salud de Joubert la imperdonable falta de no haber atacado á Ladysmith. La influencia inmediata sobre los diversos comandos, de tanta importancia en los boers dada su organización y métodos de combate, quedaba, al parecer, garantizada con el concurso activo de la serie de jefes subalternos que se habían cubierto de gloria en los combates del Tugela y escaramuzas de Bloemfontein.

(Continuad.)

Traducido del «Militär-Wochenblatt» por el
MARQUÉS DE ZAYAS,
Comandante de Estado Mayor.



REVISTA DE LA PRENSA Y DE LOS PROGRESOS MILITARES

ESTADOS UNIDOS

Cañones de tiro rápido. — Leemos en la *Allgemeine schweizerische Militärzeitung* del 22 de septiembre que la marina americana ha puesto recientemente en servicio un nuevo cañón de tiro rápido (del cual no se indica el calibre), construido por la casa Vickers, Maxim y C.^a El sistema de cierre de estos cañones es de cuña, y está dispuesto de modo que, mediante un mecanismo especial de palanca, se abre y cierra automáticamente el obturador, se expelle la vaina del cartucho y la pieza queda nuevamente cargada.

El retroceso de la pieza pone en movimiento una palanca de resorte, la cual, á la vez que empuja hacia abajo el obturador, efectúa la extracción retrógrada de la vaina.

En esta disposición, basta colocar sobre la cuña un nuevo cartucho para

que el peso de éste ponga de nuevo en acción la palanca, la cual levanta cuña y cartucho á la altura del ánima, empuja el proyectil y la carga de proyección hacia la recámara, produce el cierre del obturador y monta el percutor.

Los sirvientes, para cargar la pieza, no tienen que hacer sino acarrear municiones y colocarlas sucesivamente sobre el obturador; del resto se encarga la misma pieza. En los experimentos efectuados con granadas de 3 libras (1,360 kilogramos), parece que han podido hacerse 35 disparos por minuto!

No deja de admirarnos tan sorprendentes resultados, obtenidos con una boca de fuego que parece más próxima á la especie ametralladora que á la especie cañón, y no podemos menos de celebrar tan extraordinaria celeridad de tiro, ... siempre, sin embargo, que la inmensidad del Océano no haya contribuido á abultar la verdad de los hechos.

AUSTRIA HUNGRÍA

Procedimiento Hasselmann para la conservación de la madera. — Este procedimiento consiste en someter la madera á la ebullición en una disolución de sales metálicas y minerales, bajo una presión variable de 1 á 3 kilogramos por centímetro cuadrado, próximamente. La disolución esta formada por los sulfatos de cobre y de hierro (cristalizados en conjunto y en la proporción de 80 por 20, respectivamente), de alúmina y de una sal especial que se extrae en *Stassfurt* (Alemania), compuesta de sulfato de potasio y de sulfato y cloruro de magnesio.

Los efectos de esta disolución sobre la madera son: expurgar de ella el agua, que se deposita en el mismo líquido; destruir, por medio del cobre, los gérmenes que, á la larga, podrían producir su alteración, y formar con el hierro y la celulosa de las fibras un compuesto químico inalterable en el agua.

Los ensayos de este procedimiento se hicieron en Viena, con palitroques que luego se emplearon en los viñedos para sostener las vides, y que no dieron la menor señal de deterioro.

Además, en Baviera se han sometido á este tratamiento las traviesas de vía férrea, y se ha visto también que la madera más floja adquiere con dicha disolución la fortaleza y duración de la encina.

NORUEGA

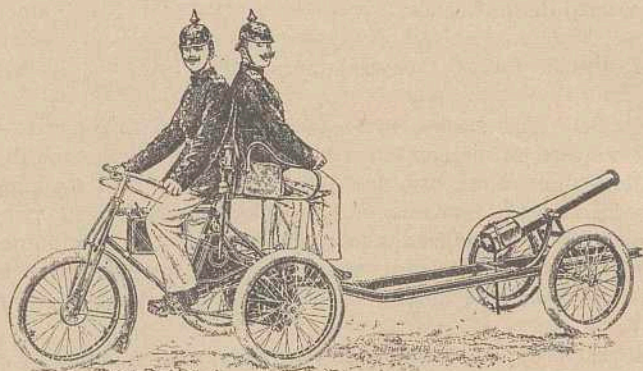
Motociclo para pequeños cañones de campaña. — Hoy que los automóviles, con sus variados tipos, van adquiriendo gran desarrollo como fácil y cómodo medio mecánico de transporte y afirmando su utilidad en los usos militares, natural era que surgiese la idea de aprovecharlos también en el transporte, sobre caminos ordinarios, de potentes máquinas de guerra.

Habíamos ya dado cuenta de numerosos experimentos realizados con ametralladoras Maxim sobre automóviles de tres ruedas, y ahora, á título de curiosidad, reproducimos de la *Kriegstechnische Zeitschrift* (cuaderno 7.º) la siguiente descripción, muy sucinta, de un motociclo especial para pequeños cañones de campaña, encargado por el gobierno noruego á la sociedad Cudell y C.^ª, de Aachen, constructora de automóviles.

Este motociclo fué hace poco tiempo consignado á la autoridad militar de Noruega, después que con él se hizo una carrera de prueba en el monte Kanin, situado al nordeste de la ciudad de Aachen, experimento que dió resultados por demás satisfactorios.

El automóvil, formado de un avatrén motor triciclo, unido á clavija á un retrotrén, ó armón, bicicleta, dispuesto á modo de cureña, sobre el cual cabalga el pequeño cañón, tiene una potencia de 2 y $\frac{1}{4}$ caballos. La parte del armón situada entre el avatrén motor y el cañón está destinada á sostener la caja de las municiones.

Durante el experimento fueron sentados en el motociclo dos soldados del regimiento de fusileros Príncipe Carlos Antonio, núm. 40, de guarnición en Aachen.



Motociclo.

El automóvil consiguió remontar una cuesta de más de 1 $\frac{1}{2}$ kilómetros en muy poco tiempo, cuesta que casi todos los ciclistas suelen recorrer á pie.

En Noruega, posteriormente se han hecho nuevas pruebas para fijar el grado de movilidad y dirigibilidad del vehículo.

Como se ve, en estos informes del periódico germánico faltan muchos importantes detalles, como son, por ejemplo, los datos relativos al calibre, al peso del cañoncito y al total del carruaje; tampoco se indica si se han hecho pruebas de tiro, mientras que, á juzgar por lo que muestra la figura, la cureña, por su forma y dimensiones no parece muy á propósito para llenar su objeto, y menos aún de suficiente resistencia.

Sea lo que fuere, esta tentativa contribuirá á poner en claro si, como algunos creen, los automóviles podrán sustituir con ventaja á los caballos en el transporte de artillería ligera de campaña. — (*Rivista di Artiglieria e Genio*).

ADVERTENCIA

Se desea adquirir dos colecciones de la 1.^a serie de la Revista, la cual serie comprende nueve tomos; y además algunos tomos de la 4.^a serie, año 91, tomo II. Dirigirse al Administrador de esta Revista, indicando precios.

Fidel Giró, impresor.— Calle de Valencia, núm. 311, Barcelona.